

# La Academia Nacional de San Carlos

Patrimonio UNAM 4



M. en Arq. Carlos Cantú Bolland\*†

**E**mblemático edificio, situado en el corazón mismo del Centro Histórico de la Ciudad de México, en el número 22 de la calle que lleva su nombre por su participación antigua, esquina con la reducida calle de Emiliano Zapata. Por tal razón, es muy notable el tramo norte de la gran fachada (con gran visibilidad desde la calle de Moneda), ocupado por un alto nicho en lo que fuera una ventana; en éste se colocó la estatua de cuerpo entero, vaciada en bronce, llamada El San Jorge de Donatello; su autor fue Donato de Betto, cuyo original en mármol blanco fue realizado en Florencia por los años de 1400; el gobierno italiano lo mandó copiar y lo regaló a México con motivo de la celebración del Centenario de la Independencia en 1910; al llegar le asignaron preponderante lugar en la Academia Nacional de San Carlos, que ese año obtuvo el título de Nacional; la altura del nicho obedece a la semejanza de la colocación del original; su autor obligó a verlo hacia lo alto, pues sólo así se distingue la perfecta proporción humana, puesto que dicho original ostenta un cuello más largo, solución del gran

artista para darle la propia calidad estética; en tal virtud, así fue ejecutada su colocación en México.

Repasaremos rápidamente la extensa historia del inmueble, investigada y difundida por numerosos autores. Esta es una reseña arquitectónica y educativa que tratará lo más relevante de su vida azarosa y productiva.

A fines del siglo XVIII, en la Casa de Moneda encabezada por Jerónimo Antonio Gil y Fernando Mangino, se proponía el establecimiento de una academia de artes propia para la formación de personas que la institución necesitaba en la Nueva España; por lo tanto, presentaron la solicitud al virrey Martín de Mayorga para que éste la enviara al rey de España, Carlos III.

La aprobación llegó mediante real mandato y el 4 de noviembre de 1781, día del onomástico del rey Carlos III, se fundó la ACADEMIA DE LAS TRES NOBLES ARTES DE SAN CARLOS: PINTURA, ESCULTURA Y ARQUITECTURA.

Su primera dirección recayó en Jerónimo Antonio Gil y se instaló en la Casa de Moneda en forma provisional, trabajando durante 10 años; sin embargo, pronto se notó la impropiedad del edificio, por su estado físico reducido a la necesidad de ampliar sus áreas de enseñanza.

\* Secretario de Vivienda, AAPAUNAM.

Buscaron y propusieron otros sitios y al fin dieron con un edificio recién desocupado que había sido el Hospital del Amor de Dios, muy cercano a la Casa de Moneda; el primero en la calle ahora de Academia y el otro en la esquina de Moneda y Correo Mayor. Se firmó el contrato de arrendamiento y ocuparon el lugar, adaptándolo a las necesidades especiales de sus variadas enseñanzas. Era el año 1793.

Respondiendo a la solicitud a la corona española de maestros idóneos, llegaron éstos: Cosme de Acuña y Troncoso, acompañado de Gines de Anda y Aguirre para pintura; José Arias para escultura, Joaquín Fabregat para grabado y Antonio González Velázquez para arquitectura; este último se ocupó a su vez de la adaptación de los espacios.

En la Nueva España, a finales del siglo XVIII se notaba el gran deterioro de las producciones barrocas que manifestaban plena decadencia, lo que reclamaba cambios radicales con respecto a la arquitectura, principalmente, y a la pintura; Manuel Tolsá llegó a México en 1791 para encargarse de la dirección de Escultura en la Academia de San Carlos, acompañado de una colección de figuras en yeso que mandaba el rey, como réplicas de esculturas notables del Museo del Vaticano. Por sus conocimientos de arquitectura en Valencia y en Madrid en la Academia de San Fernando, quiso tener el título de arquitecto, presentando dibujos para el Colegio de Minería, que aprobados le sirvieron para dirigir su construcción. En la Catedral Metropolitana de México realizó la nueva cúpula, estatuas para las torres y unificó el conjunto con remates y balaustradas que no tenía por la variada intervención de anteriores arquitectos; principalmente enriqueció el remate de la fachada principal con las tres estatuas: la Fe, la Esperanza y la Caridad, cuyos atributos muy claros acompañan el cubo del reloj; otros edificios le fueron encargados por su habilidad y conocimiento del neoclásico, y en Guadalajara proyectó el Hospicio Cabañas; su obra maestra en escultura la inició en 1796 con la figura de Carlos IV a caballo, que por costumbre el pueblo la bautizó como «El Caballito». Esta composición de gran formato viajó por la ciudad de México, sin encontrar lugar apropiado. En el inicio del Paseo de Bucareli pasó muchos años, hasta que se le acomodó en la Plaza Tolsá, acompañando su obra arquitectónica también notable: el Colegio de Ingenieros o Palacio de Minería, ambos en la calle de Tacuba frente al Museo Nacional de Arte. El pintor Rafael Jimeno y Planes, que estudió en Valencia y en Madrid en San Fernando, fue nombrado director de pintura en la Academia de San Carlos de la Nueva España en 1793, llegando a su puesto en 1794, para sustituir al recién fallecido Gil.

El panorama de la enseñanza cambió en la Academia por el inicio del movimiento independiente de 1810, que

le provocó problemas económicos y cierre de sus actividades en 1821. En 1824 abrió sus puertas sin resolver la falta de recursos económicos, situación que durante diez años se había deteriorado paulatinamente. Al fin, con el decreto de Antonio López de Santa Anna, en 1843, cuando este personaje ocupó la presidencia por séptima vez, se le asignó dinero para reorganizarla, mejorando los sueldos de los maestros y dando pensiones a los distinguidos alumnos. El edificio se compró y se mejoró con obras materiales; posteriormente se le dotó del producto de la lotería, otorgándole una bonanza no vista durante muchos años.

Poco después llegó a la Academia una nueva remesa de artistas de renombre que le inyectó vida y esplendor: ellos fueron el pintor Pelegrín Clavé, contratado en julio de 1845 como director (aunque llegó hasta 1847); entonces la institución reabrió sus puertas; su organización cambió y se estableció el dibujo al natural por primera vez, así



Foto: C. Camú B.

Portada de acceso a la Academia Nacional de San Carlos. 2010.



como la anatomía humana, el paisaje y la perspectiva; como novedad, se adquirieron maniqués articulados de modelos; la pintura de la antigüedad mexicana inició la notable práctica nacionalista y nació la llamada Escuela Clavé. Manuel Vilar escultor, al mismo tiempo, llegó de Barcelona con ideas neoclásicas que innovaron el ambiente de las esculturas religiosas e históricas, aprovechando el estudio anatómico. Por sus conocimientos también de arquitectura, se ocupó del edificio, ampliándolo y adaptando algunas áreas para talleres de escultura; él personalmente ejemplificó esculpiendo obra religiosa y nacionalista. En cuanto a pintura de paisaje, en 1855 llegó Eugenio Lande-sio, italiano de origen, quien se destacó pintando la belleza del campo mexicano en obras de gran formato; y aunque con ideas y carácter muy conservador, formó un grupo de destacados alumnos, y dejó la enseñanza en manos de su discípulo más aventajado: José María Velasco, nacido en Temascalzingo; la obra de este paisajista es excelente, con

fina percepción de la perspectiva y de la tan variada flora nacional; los accidentes naturales de rocas los representó fielmente y todos los detalles quedaron magistralmente plasmados en sus lienzos, producto de una minuciosa observación y conocimiento; esto le otorgó destacado lugar en el Museo Nacional de Arte; estudioso de las ciencias de la tierra, en el Instituto de Geología de la UNAM ilustró en el vestíbulo superior las diferentes y sucesivas épocas geológicas del país con una gran fidelidad de interpretación, asesorado con las observaciones de los geólogos más importantes de su época.

Bernardo Couto, originario de Orizaba, abogado y político aficionado al arte, se ocupó de la restauración de la Academia en 1843, nombrando al arquitecto Javier Cavallari, italiano contratado por el gobierno en 1856, para enseñar en la Academia de San Carlos la arquitectura y su técnica constructiva, reformando el plan de estudios; al ocuparse de la restauración sirvió como ejemplo de su



Foto: C. Cantú B.

Fachada de la Academia Nacional de San Carlos. oct. 2010.

buena preparación, encargándose de la imagen del edificio, tanto en su exterior como en el interior de sus espacios característicos; esta fachada es de corte florentino, a base de paños de muros almohadillados de relieve tal que el juego de luz y sombra realiza sus proporciones sin adornos superfluos propios del neoclásico aplicado. En la planta baja, sus ventanas adinteladas con jambas sobrias de cantera revelan su lugar con firmeza, y en la planta superior, el mayor número de ventanas proporciona mejor luz a las aulas y a la biblioteca; todo esto aligera el peso gravitacional del conjunto, en que sobresalen ventanas con arcos de medio punto y molduración ligera de cantera sobre delgadas jambas; en la base de cada vano, se nota un antepecho ciego, adornado con fino relieve de un par de angelitos acompañados de roleos vegetales renacentistas. Tanto en la planta inferior como en la superior, se ven intercalados medallones circulares con los bustos de artistas destacados, entre ellos Miguel Ángel y Rafael, así como Manuel Tolsá y otros no identificados. La noble portada está realizada con una puerta de medio punto en su arco y la consabida clave muy resaltada parece sostener el arquivitrabe superior; un doble par de columnas exentas, corintias, realizadas en sus bases y capiteles con mármol blanco, aseguran la belleza y disposición de calidad para tal función propia del edificio; ellas cargan un entablamento de buena proporción en cuyo friso se lee: ACADEMIA NACIONAL DE SAN CARLOS. La cornisa sostiene un balcón corrido, de apropiada balaustrada metálica, frente a la ventana central de la biblioteca que distingue su posición con remate vegetal en sus formas de cantera y el águila mexicana con las alas extendidas. La gran fachada, muy horizontal, termina en lo alto con un remate corrido poco volado de cantera, sostenido por modillones

que en sus espacios intermedios, a base de relieves, representan motivos vegetales anudados.

Penetrando al edificio, llegamos al patio principal de forma cuadrada, donde Cavallari y Constanzó se ocuparon en su tiempo de transformarlo por completo, mediante formas de movimiento neoclásico, acorde con la época y mejorando sustancialmente su aspecto noble de interior propio del edificio de enseñanza de las artes. Así perdura luciendo sus arcadas de planta baja con arcos de medio punto y pilastras estructurales intermedias de propio molduraje; el corredor de la planta alta comunica a la escalera con los espacios administrativos, a la biblioteca y a los talleres de enseñanza, protegido por balaustradas en cuyos centros aparece un macizo prismático destinado a recibir obras escultóricas, acorde tanto con la enseñanza como para enriquecer la calidad perpetua al



Foto: C. Cantú B.

Academia de Bellas Artes. Entrada a la Academia Nacional de San Carlos 1996. Al fondo el patio principal con la Victoria de Samotracia y el busto de Apolo de Miguel Ángel.

gran espacio interior acentuando la nota artística. De las obras escultóricas no olvidemos al grupo llamado «El Laocoonte», obra de los escultores griegos Agesandro, Atenodoro y Polidoro de Rodas; su original está en el Museo Vaticano en Roma. Al observarlo, nos provoca estupor el gesto de angustia plasmado en las facciones del dios griego, y sus hijos a punto de morir estrangulados por dos serpientes entrelazadas en sus cuerpos; hay otras figuras de calidad escultórica de todos los tiempos, como la cabeza de gran tamaño de Apolo, dios de la juventud, con mirada estoica y profunda del polifacético Miguel Ángel en el Renacimiento italiano. Es común encontrar la Venus de Milo, diosa del amor y la belleza femenina, sólo en busto o de cuerpo entero. El lugar preponderante del patio es, sin duda, el centro visible de la planta baja, que se observa desde la entrada sin dificultad; por lo tanto, se le asignó a la gran figura de la Victoria de Samotracia, con sus alas extendidas desafiando el viento, propia para la proa de una mítica embarcación; ésta se encontró en la isla de Samotracia del mar Egeo y su original forma parte del tesoro del Museo de Louvre, en París. Por su número y proporciones, las esquinas de la izquierda del patio en cuestión están ocupadas por los conjuntos del mausoleo de la familia Medicis; la aurora, el día y el ocaso, esculturas de Miguel Ángel para destacados florentinos. Estas réplicas las mandó como segunda remesa el arquitecto Carlos Lazo, en su tiempo director interino.

Así, al patio de calidad arquitectónica es común asignarle celebraciones y eventos especiales del gobierno mexicano, de las autoridades universitarias, del propio Cuerpo Directivo de la Escuela Nacional de Artes Plásticas, muy adecuado mediante la cubierta cupular translúcida que proyectó el arquitecto Antonio Rivas Mercado, ordenando



se fabricara la estructura de acero a un taller especializado en Bélgica. Cuando llegaron a México las armaduras, se encargaron del montaje los arquitectos Manuel y Carlos Ituarte, acompañados de Manuel Gorozpe, los tres, profesores de arquitectura. Sobre un tercer cuerpo, acorde con la arquitectura inferior y dotado de óculos grandes de ventilación, la parte metálica recibió un enristalado de vidrio especial para tragaluz, el que a principios del siglo XX quedó apropiado para la conservación de las réplicas de yeso y de confort, y para la celebración de actos públicos.

Todos los años, en los primeros días de noviembre y como recuerdo de su inauguración, los arquitectos universitarios celebran en el patio de la Academia un gran baile con buena música y grata concurrencia, encabezado por las autoridades docentes. En otros años, los profesores y alumnos de la Escuela Nacional de Artes Plásticas hacían el baile de disfraces y máscaras con mucho colorido e ingenio, ruidoso y popular, mostrando sus dotes creativas.

La biblioteca, situada al poniente de la planta alta, con sus ventanales que le otorgan una buena iluminación, fue dotada de libros y colecciones de láminas de las tres artes primitivas y de otras enseñanzas como el grabado, la fotografía, la escenografía, etc. Los incunables y otras obras de gran formato siempre estuvieron en su acervo; sin embargo, para su conservación y cuidado fueron enviadas oportunamente al anexo de la Biblioteca Nacional, al cuidado de la Universidad, con el nombre de Fondo de la Academia de San Carlos, ahora en el Centro Cultural Universitario de CU. Otros libros especializados en arquitectura y construcción salieron de San Carlos en 1954 a la Biblioteca Lino Picaseño, de la Facultad de Arquitectura.

El más grande trabajo de conservación y restauración se llevó a cabo en 2001; en esas obras, la fachada primitiva de Cavilara dio vida al edificio y a la ciudad, por su renovado colorido semejante al inicial; al abundante almohadillado que había sufrido alteraciones en su documentación se le proporcionó toda la atención para que luciera ampliamente la fachada que el tiempo y la pátina le habían quitado; la obra escultórico-arquitectónica de cantería, tan importante en los vanos y la portada, se atendió con las últimas técnicas de limpieza y restauración, así como el gran balcón central; sus elementos metálicos y las ventanas completas dan fe de un gran edificio patrimonio universitario. En el patio y sus áreas administrativas, la restauración fue significativa, acorde con el conjunto. De la biblioteca se restauró el plafón de medio cañón, que se dice fue la primera obra de yeso para ese fin. El pavimento de maderas finas se aseguró en su base y con el trabajo de pulido luce impecablemente sus colores. El tratamiento



Escudo de la Academia Nacional de San Carlos.

contra los insectos xilófagos fue total y profundo, tanto en los muebles como en el acervo bibliográfico. En cuanto a las galerías de pintura, se procuró que regresaran a su destino, mediante atención a los murales. Los medallones de Ramón Sagrado y José Obregón con sus respectivos retratos patrocinan dos de sus galerías. Las columnas y los pavimentos fueron remozados. Por supuesto, se dejó en óptimas formas el sistema de luz cenital.

Los talleres de Postgrado y Educación Continua quedaron para recibir alumnos en pintura y grabado, entre ellos el «Carlos Alvarado Lang» por recuerdo del inolvidable maestro de grabado y director de la Escuela Nacional de Artes Plásticas.

Al interior se destinó un área para la Facultad de Arquitectura, ya que los arquitectos también habían disfrutado de sus espacios desde tiempo anterior a la creación de Ciudad Universitaria.

Para tales obras intervino un grupo interdisciplinario de técnicos restauradores y curadores de la Escuela Nacional de Artes Plásticas y de su postgrado, la Dirección de Obras de la Universidad, el Instituto Nacional de Antropología e Historia, la Dirección del Patrimonio Universitario y la Facultad de Arquitectura; todos aportaron sus conocimientos y propuestas previas muy actualizadas para cada campo de acción sin menoscabo de costo y tiempo.

El resultado está presente, la gloria de la institución renació adecuadamente mostrando la cultura y la ciencia de la Universidad Nacional Autónoma de México que como foco ilumina la educación superior, la belleza de las artes y la imagen de la Ciudad de México.

